

Iberoamericana / Vervuert 2023 (La Casa de la Riqueza, 74). 388 páginas.

Múltiples son las virtudes que atesoran las cartas intercambiadas entre escritores. Gran parte de ellas adolece del mimo artístico que suele recubrir a la obra pensada para su publicación, aunque, como contrapartida, nos muestra al escritor en su intimidad. Suele ofrecernos información relevante sobre todo aquello que rodea al autor, también a veces acerca de sus vacilaciones creativas o de sus cuitas editoriales. Muchos escritores han conservado con gran cuidado las cartas intercambiadas a lo largo de los años, conscientes de su relevancia para ulteriores investigaciones. Cada vez son más las instituciones que se ocupan y preocupan por poner a salvo todo este fondo documental, aunque resta todavía muchísimo por hacer. En los últimos años se han ido dando a la luz numerosos epistolarios, también muchos autores han acrecentado sus obras completas con la edición de volúmenes recopilatorios de su actividad postal.

Un terreno que ha conocido especial floración en los últimos años tiene que ver con lo que comúnmente llamamos Generación del 27. Ese grupo de escritores (no solo poetas) o lo que en su tiempo se conoció como “joven literatura” ha concitado el interés de los investigadores y la cosecha de frutos ha sido formidable. Gracias a la edición de epistolarios de muchos de sus miembros, nuestro conocimiento de aquel periodo y sus avatares es mucho mayor y más perfilado. El periodo posterior a la guerra del 36 parece un terreno mucho menos roturado, cuando no en agraz. Una norma no escrita, pero que se suele respetar puntillosamente, prescri-

José Teruel / Santiago López-Ríos (eds.): *El valor de las cartas en el tiempo. Sobre epistolarios inéditos en la cultura española desde 1936*. Madrid / Frankfurt/M.:

be que la publicación de las cartas de un autor debe tener lugar tras su muerte e, incluso, tras un prudencial transcurso de años. Esta es, seguramente, una de las razones por las cuales el periodo que sigue a la Guerra Civil se halle menos explorado. Justamente de este asunto trata el libro que reseñamos cuyo subtítulo reza: *Sobre epistolarios inéditos en la cultura española desde 1936*.

Sus editores, los profesores José Teruel y Santiago López-Ríos, tratan de los asuntos que venimos apuntando en su introducción, en donde perfilan con mirada panorámica las ventajas que presenta la edición de epistolarios, pero también aluden a sus asechanzas: renuencia de algunos autores a ver publicadas sus cartas “privadas” (caso paradigmático y célebre es el de los Marías, Julián y su hijo Javier), pérdida de los materiales por falta de archivos que los acojan, desinterés editorial, etc. Los autores destacan también el interés creciente que va cobrando la edición de epistolarios cuyo margen temporal se ubica en la segunda mitad del siglo xx, etapa que es justamente la protagonista de esta obra y sobre la que, como los mismos editores destacan, sobrevuela un hecho crucial en nuestra historia: la Guerra Civil (p. 21). Pero el periodo es mucho más rico como demuestra la pluralidad de voces y enfoques que se conciertan en esta obra, en la que se produce, en efecto, un “evidente diálogo” entre “unos capítulos y otros” (p. 21).

El libro se abre así con una mirada muy particular, la de la profesora puertorriqueña Luce López-Baralt, que trata sobre su propia correspondencia con quien fuera su maestro: el poeta Jorge Guillén. El margen temporal de dicha correspon-

dencia abarca el periodo comprendido entre 1964 y 1982. Como destaca la autora “nuestro epistolario es modesto si lo comparamos con el que sostuvo con sus amigos poetas, pero resulta más veraz en la esfera íntima. Retrata mejor cómo era don Jorge en persona” (p. 32). En efecto, el Guillén que trasluce en los fragmentos entresacados tiene que ver con ese hombre vitalista y positivo, con la felicidad por bandera, que encontramos en el libro que mayor fama le habría de reportar: *Cántico*. López-Baralt no se circunscribe única y exclusivamente a las cartas que le envía Guillén, y que tiene la intención de publicar en volumen monográfico, sino que aduce otros testimonios del propio poeta o de su entorno para perfilar con mayor precisión los rasgos que definen la rica personalidad del autor vallisoletano. El interés que muestra el maestro hacia los progresos de su discípula, también sus afanes creativos o editoriales y, en último pero preeminente escalón, los avatares amorosos de la joven profesora constituyen los principales mimbres de unas cartas que la estudiosa aprovecha para realizar una agradecida semblanza de quien marcará de forma tan intensa su vocación filológica.

Javier Huerta Calvo, estudioso de la obra de Leopoldo Panero, figura que ha reivindicado con la edición de alguna de sus obras (por ejemplo, la antología *En lo oscuro*) y con diversos trabajos que ponen en valor la rica personalidad del poeta leonés, se centra en esta ocasión en un aspecto poco atendido: su “epistolario inglés” y, en cierta forma, la importancia que la cultura anglófila tuvo en su obra. Panero se desplazó a Inglaterra para aprender el idioma en los años treinta y, posterior-

mente, ejerció como funcionario del Instituto de España en Londres entre 1946 y 1947. Estas estancias le sirvieron para trenzar amistades con importantes personalidades de la cultura inglesa, pero también con españoles residentes en Londres de uno y otro signo político, pues como destaca su estudioso, Panero “supo estar por encima de los prejuicios ideológicos y políticos que a tantos otros condicionaron” (p. 57). Recurriendo a muy diversas fuentes, entre ellas de manera destacada al epistolario inédito de Panero, Javier Huerta Calvo describe con gran vivacidad los años ingleses del escritor: sus relaciones con figuras de la talla de T. S. Eliot, la importancia de sus traducciones de autores de habla inglesa en un país que miraba preferentemente hacia Alemania, las dificultades que encontró para abrirse espacio en un entorno que miraba con recelo a la España franquista, etc. Todo ello está contado con puntilloso rigor y solvencia documental.

El capítulo siguiente se ocupa de Dámaso Alonso, especialmente de un periodo transcendental y traumático en su vida, los años de la Guerra Civil, que pasa, “cercado de monstruos” como bien titula José Antonio Llera, entre Madrid y Valencia. Su perfil político moderado, ya que “había huido de los extremismos y se había adaptado hábilmente a las circunstancias” (p. 109), lo convirtió en diana contra la que disparar desde uno y otro costado ideológico: “en lo internacional resulto un fachista asqueroso, y en lo nacional un rojo indeseable” (p. 91), según escribe a Jorge Guillén. Llera bucea en el archivo de Dámaso Alonso custodiado en la Biblioteca de la Real Academia Española y ofrece datos novedosos sobre

su situación durante la Guerra Civil y los padecimientos que hubo de arrostrar, su relación con el exilio o los avatares de la publicación de su libro más emblemático, *Hijos de la ira*. El encargado de dar el visto bueno a este libro como censor fue Leopoldo Panero y, en este punto, se produce un curioso cruce de noticias entre el artículo precedente y el presente. Así, apunta Javier Huerta Calvo que tuvo ocasión de revisar alrededor de doscientos informes de censura, entre ellos el de *Hijos de la ira*, y no encontró ninguno que desaconsejara la publicación (p. 76). Sin embargo, Llera señala que el informe sobre *Hijos de la ira* “ha desaparecido” (p. 99) y se pregunta si habrá sido destruido *ex profeso*. En cualquier caso, el artículo de Llera ofrece nuevas e interesantes pistas sobre una figura, la de Dámaso Alonso, que quizá ha quedado un tanto desdibujada dentro del grupo del 27.

Julio E. Checa Puerta y Alba Gómez García se ocupan del epistolario de Gregorio Martínez Sierra, a través de lo que denominan “estudio de caso” (p. 114), esto es, el análisis exhaustivo de una carta de gran transcendencia vital redactada desde Francia en julio de 1938. Los autores contextualizan la misiva aportando datos medulares sobre la biografía de los personajes concernidos y la situación personal por la que atravesaron. Curiosamente, la carta muestra un panorama muy similar al descrito por Dámaso Alonso en el apartado anterior sobre las vivencias que experimentó en el Madrid “rojo”: “Pasé angustias inenarrables. [...] Horribles noches en vela, oyendo cómo fusilaban cerca de casa, temiendo que en cualquier momento me llegase a mí el turno” (p. 121). Esto conduce a Martínez

Sierra a mostrar su simpatía hacia la causa franquista, aunque todo parece indicar que se trata de una táctica provisional para evitar posibles represalias en el caso de retornar a España. La carta, de enorme interés, muestra la encrucijada emocional y vital, no exenta de contradicciones y bandazos ideológicos, que hubieron de sortear quienes partieron al exilio.

De otro exiliado se ocupa Domingo Ródenas de Moya. Se trata de Guillermo de Torre, sobre el que ha publicado recientemente una excelente monografía: *El orden del azar. Guillermo de Torre entre los Borges* (Anagrama, 2023). Dicha monografía nos conduce por la vida de Torre hasta los años cuarenta, aunque en algunos capítulos, en los que Torre habla en primera persona, se da noticia de hechos relevantes acaecidos hasta su fallecimiento en 1971. En cierta forma, también el artículo incluido en este volumen incide en ese periodo, pues trata justamente del “epistolario del exilio”. Ródenas explora el rico archivo de Torre conservado en la Biblioteca Nacional y ofrece un estudio cuantitativo de su contorno (se conservan intercambios con 786 correspondientes), además de parcelarlo en grupos: cartas intercambiadas con exiliados y quienes quedan en España, con hispanistas y filólogos y cartas de gestión editorial. Ródenas se centra especialmente en el primer apartado y espiga diversas misivas intercambiadas con José Ferrater Mora, Francisco Ayala, Eduardo Westerdahl, Julián Marías, etc. Todo ello pone de manifiesto, una vez más, la importancia que tuvo Torre como constructor de puentes entre el exilio y el elemento liberal que permanecía en España. Dentro de ese estamento liberal podríamos incluir a la poeta Án-

gela Figuera Aymerich, de cuya relación epistolar con Guillermo de Torre se ocupa Raquel Fernández Menéndez para incidir en un aspecto de gran trascendencia en la actualidad: las dificultades que como escritora hubo de vencer para alcanzar el puesto que en razón de sus méritos artísticos le correspondían.

De mujeres trata también Carmen de la Guardia Herrero, quien se ocupa de la larga relación de amistad que mantuvieron Consuelo Berges y Eloína Ruiz Malasechevarria. Resulta fascinante la historia de esta última, figura prácticamente desconocida en el ámbito cultural español, pero de enorme riqueza vital e intelectual. Pasó de la militancia exacerbada en el comunismo durante la Guerra Civil a ocupar un cargo relevante en instituciones norteamericanas como el Wellesley College. Todo ello envuelto en una “metamorfosis” que la hizo cambiar su nombre original, Eloína Ruiz Malasechevarria, por el de Justina Ruiz de Conde. De la Guardia bucea en su correspondencia con Berges para abrir camino a una investigación que dará, sin duda, frutos muy destacados en fechas venideras.

Del exilio nuevamente trata el artículo de Ximena Venturini centrado en la figura de Francisco Ayala y sus lazos de amistad con el escritor argentino Eduardo Mallea y el filósofo Francisco Romero. Como fondo aparecen las vivencias del exiliado y su incursión en alguna de las revistas hispanoamericanas más destacadas de la segunda mitad del siglo xx: *Realidad*, *La Torre* y *Sur*. Un tanto peculiar es el exilio de la siguiente figura convocada en este libro: Néstor Almendros, conocido sobre todo por su labor cinematográfica. Elena Sánchez de Madariaga proyecta luz so-

bre algunas etapas de su itinerario vital, también en el entorno del exilio, aunque de un modo muy personal puesto que compartió la nacionalidad española con la cubana. Gracias a las cartas que envía a tres corresponsales femeninas sabemos de su paso por algunas universidades americanas (como Vassar College) para enseñar español, así como algunas vicisitudes posteriores en la Cuba castrista, en el París de los años sesenta o en Hollywood. Se afloran de este modo estampas inéditas de una figura sobre la que ha ido cayendo un cierto velo de silencio.

También Camilo José Cela vive, quizá, un periodo de semiolvido tras haber ocupado durante años un papel central en el escenario intelectual español. Arantxa Fuentes Ríos pone en valor su figura, destacando su trabajo como promotor de iniciativas culturales de gran trascendencia como la fundación de la revista *Papeles de Son Armadans*, un oasis de libertad en la España franquista. Destaca la autora la vinculación de Cela con la poesía y con los poetas, en este caso con tres figuras destacadas de la posguerra: José Agustín Goytisolo, Clara Lagos y Carlos Bousoño. Su colaboración con el autor de *La colmena* no estuvo exenta de tirantezas, según ponen de manifiesto los testimonios aducidos, sobre los que sobrevuela también el cuchillo de la censura, muchas veces autoimpuesta.

La Guerra Civil y el exilio resuenan en el artículo que Santiago López-Ríos (uno de los editores del libro) dedica a la relación entre Américo Castro y Miguel Delibes, por la que se cuela, con un papel destacado, el ensayista y narrador José Jiménez Lozano. López-Ríos aprovecha el contacto epistolar entre estos personajes

para incidir en el magisterio que Castro ejerció sobre los novelistas castellanos, huella que se palpa en obras tan destacadas como *Cinco horas con Mario*, *El hereje* o *El sambenito*.

Dos son los trabajos dedicados a Carmen Martín Gaité. El primero de ellos, firmado por José Teruel —uno de los editores del volumen—, acopia nuevos materiales postales sobre la autora de *Entre visillos*, tras haber dedicado al asunto un volumen específico de sus *Obras completas* subtítuloado “Cuadernos y cartas”, publicado en 2019 por Círculo de lectores/Espasa Calpe. El descubrimiento de estos materiales permite al investigador ofrecer nuevas perspectivas sobre la vida y la obra de Martín Gaité como son la importancia que concede a la escritura epistolar en sus ficciones, la vivencia traumática del fallecimiento de su hija y la reivindicación autorial frente a actitudes, podríamos caracterizar como machistas, que rebajaban sus méritos al catalogarla como “*madame Ferlosio*”. Sobre una modalidad peculiar de epistolarios, relacionada también con Martín Gaité, trata Maria Vittoria Calvi que rescata una curiosa colección de revistas —más bien *fanzines*— publicadas con el título de *El interlocutor express* en cuya elaboración participó un reducido grupo de escritores. Las colaboraciones tenían como peculiaridad estar escritas en diversos formatos de cartas y Calvi se detiene de forma concienzuda en la contribución de la autora de *Nubosidad variable*, que adoptó diversos e interesantes registros.

El volumen se cierra con sendos capítulos dedicados a autores más próximos a nosotros en el tiempo: el poeta José-Miguel Ullán y el narrador Rafael Chirbes. Ambos conversan con dos figuras del

exilio: la filósofa María Zambrano en el primer caso y el crítico y profesor Carlos Blanco Aguinaga en el segundo. No son muchas las cartas que se conservan de la relación entre Ullán y Zambrano pero estas sirven a José Luis Gómez Toré para desvelar algunas intimidades de los personajes junto con informaciones relacionadas con lo que podríamos caracterizar como el taller del escritor. Las cartas exhumadas son, de este modo, testimonio de amistad y camaradería literaria. Distinto es el contacto entre Rafael Chirbes y Carlos Blanco Aguinaga, en donde, como apunta Álvaro Díaz Ventas, la relación tiene más que ver con la propia de un maestro y su discípulo. Chirbes, como se comprueba en las comunicaciones afloradas, sometió al juicio de Blanco Aguinaga sus textos, sobre los que éste se manifestó siempre con franqueza, sin eludir la crítica. Llama especialmente la atención el hecho de que el contacto se produjera en este caso a través del correo electrónico y que hayan pervivido tales mensajes gracias al cuidado de Chirbes que tuvo la previsora idea de imprimirlos. El libro se cierra de este modo dando cuenta de nuevas tecnologías que parecían dejar atrás el tradicional contacto epistolar, o al menos la posibilidad de que restarán testimonios documentales de él, abriendo al investigador un rayo de esperanza.

*El valor de las cartas en el tiempo* supone una aproximación rigurosa y fructífera a los estudios literarios sobre la segunda mitad del siglo xx español, poniendo en valor la importancia de los epistolarios como medio para penetrar de una forma más pormenorizada en la obra y el periplo vital de los escritores que se mueven en ese margen temporal. La calidad

de las aportaciones raya a gran altura y la diversidad de los personajes convocados ofrece un rico panorama sobre una etapa muchas veces relegada dentro de nuestra historiografía, pero no exenta de interesantes vías de aproximación. Salen a la luz en este libro numerosos datos desconocidos y afloran vidas literarias prácticamente desconocidas, no exentas, sin embargo, de valor. Todos los trabajos siguen además unas pautas similares pues parten de correspondencias inéditas que contextualizan a través de diversas fuentes, prestigiando el contenido de dichas misivas sobre la mera transcripción textual. El libro cumple, en definitiva, con los propósitos académicos que se marcaba, pero a ello suma la amenidad, algo que no siempre suele ser tenido en cuenta en este tipo de obras.

PABLO ROJAS  
(UNIVERSIDAD NACIONAL  
DE EDUCACIÓN A DISTANCIA,  
TALAVERA DE LA REINA)